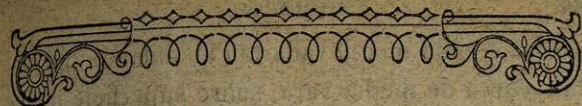


Río-Grande fué tambien el comisario Reyes Lopez que se hallaba atacado de reumas, marchando á caballo aquel general, no obstante su edad y la crudeza de la estacion.



CAPITULO XXIV.

Continuacion de la penosa marcha del ejército.—Estemporánea y horrorosa nevada que aumenta sus dificultades.—Paso de la *Leona*.—Río de las Nueces.—Río Frio.—Falta de agua y pastos; y enfermedades que atacaron á las caballerías, acémilas y bestias de tiro.—Mal de lengua.—*Telele*.—Agresiones y robos de los bárbaros.—La *Estampida*.—Falta de víveres que espermentaron los gefes y oficiales, por consecuencia de la órden del general Santa-Anna sobre este particular.—Análisis de esta orden.—Fuga de arrieros y carreteros.—Disgusto casi general del ejército.

La marcha desde Monclova á Béjar fué por esta y otras varias causas, para la generalidad del ejército, de lo mas penoso que podria decirse. Los elementos mismos parece que se conjuraron para embarazarla y hacerla sentir mas. El invierno que hasta el dia 12 de Febrero habia sido de los mas benignos de aquellos climas, no quiso que dejásemos de experimentar su rigor antes de despedirse aquel año. El dia 13 amaneció tan nebuloso y estremadamente frio, que al hacerse noche se preci-

pitó del cielo una nevada tan abundante que subió cerca de media vara sobre superficie de la tierra. A la brigada de caballería que mandaba el general Andrade y habia salido aquel mismo dia de Monclova, la sorprendió en un inmenso mezquital, caminando para el rancho llamado las *Ajuntas*: la oscuridad de la noche y el contraste que hacia con ella la blancura de la nieve que caía á copos como la palma de la mano, deslumbraba de manera que no podian distinguirse los objetos: y como la nieve cubria el camino, la columna se cortaba á cada momento; los hombres y los animales que no se veian entre sí, se separaban frecuentemente y se estraviaban en aquel inmenso bosque del que se afanaban inútilmente por salir llamándose á grandes voces unos á otros para poder de nuevo reunirse; pero como las voces se oian en todas direcciones é indistinta y simultáneamente, del mismo modo variaban las direcciones y se buscaban unos á otros, y por consecuencia sucedia que en vez de unirse se separaban y alejaban mas y mas. Por otra parte, las mulas de carga, rendidas á la fatiga, unas se tendian por tierra, otras se prendian entre las ramas espinosas de aquellos árboles, y otras se perdian de vista y estraviaban la direccion que correspondia llevar entre los breñales. formándose de todo esto un tan inmenso desorden y tan difícil de arreglarse, como lo es de describirse y aun de comprenderse. El general Andrade, que ademas llevaba en su brigada la tesorería del ejército con ochenta mil pesos, para evitar el estravío de ésta y que el desorden fuese en aumento,

to, tomó la determinacion de mandar hacer alto y pasar la noche en medio del bosque aunque con la nieve casi hasta las rodillas de los soldados: pero con esta medida y á merced de infinitos trabajos para reunir toda la tropa y cargas, logró al fin tenerlas al rededor de sí, y poder esperar la nueva aurora en aquella penosa situacion; pero á cubierto de mayores peligros. A pesar de todo, no fué el número de mulas estraviadas el que debió temerse de noche tan pésima; pero sí muy considerable el de las que se ahogaron debajo de la nieve, porque como los infelices animales echados con la carga no podian levantar la cabeza, cuando la nieve les llegaba á cubrir las narices, les quitaba la respiracion y de consiguiente la vida. Fué, pues, tambien preciso al dia siguiente, que el general Andrade hiciese alto en las *ajuntas*, desde donde mandó pedir las mulas necesarias, al general Filisola, quien se las remitió sin demora, y así pudo continuar Andrade el dia 15 la marcha para la hacienda de *Hermanas* donde habia pasado el temporal el general Tolsa con la segunda brigada de infantería, que tambien padeció insesantemente porque estaba el *vivac* falto de techos bajo que guarecer á la tropa, la cual llegó á verse enterrada debajo de la nieve, lo mismo que las piezas y cargamento.

El general Gaona con la 1.^a brigada pasó el temporal en marcha desde el parage llamado el *Sans* á la hacienda de *la Soledad*: fueron tales los padecimientos de la tropa en aquel dia horroroso, como puede suponerse, sabiendo que mató

la nieve, el intenso frio y la fatiga, mas de cincuenta yuntas de bueyes de los que tiraban las carretas de los víveres y equipajes; de modo que á no haber sido porque el general Filisola habia mandado apostar algunas de reserva, tanto en *Hermanas* como en las haciendas de la *Soledad* y *San Juan*, cuyos bueyes se habian pedido de antemano al efecto á los pueblitos y haciendas de aquel partido, siendo una gran cantidad de la pertenencia de D. Melchor Sanchez dueño de las haciendas arriba mencionadas; esta brigada no hubiera seguramente podido continuar su marcha en muchos dias, y entre tanto, sus víveres se hubieran consumido, y las dificultades aumentado aun mas.

La division del general Cesma pasó el mismo temporal, dos jornadas mas allá del *Rio-Bravo*, ya en marcha para Béjar, en el paraje llamado la *Espantosa*, si con menos, con iguales penalidades que las demas tropas, á pesar de que siendo aquel pais mas bajo que todo lo demas de Coahuila, sin duda ni la nevada, ni el frio debieron ser tan crueles como los que sufrieron las brigadas de retaguardia. Despues de este dia, el temperamento continuó alternativamente, unos dias excesivamente frio, y otros demasiado templado y aun caloroso, como se esperimentó, especialmente en todo el mes de Marzo y parte de Abril siguiente.

El *Rio-Bravo* que corre á legua y media al Norte de la villa de Guerrero (antes presidio de *Rio-Grande*;) por una felicidad pudo pasarse á vado por las mulas de carga y las tropas; y como

presentasen alguna mas dificultad para hacerlo las carretas y mulas cargadas de víveres, se dispuso hacer que á las primeras se les formase una especie de segundo lecho ó asiento mas alto que el propio, para que no les alcanzase el agua; y sin embargo, no se pudo evitar que mucha parte de la galleta se mojase y despues quedase incomible. Y como el arroyo de la *Leona*, el *Rio de las Nueces* y *Rio-frio*, corren muy encajonados, fué preciso construir sobre ellos puentes provisionales de troncos de árboles, ramas y tierra para que pudiesen pasar las cargas, carretas, artillería y tropas; operacion que costó tanto mayor trabajo, cuanto era la falta de herramienta y útiles de campaña.

El camino desde Monclova á Béjar, se encontró excelente, por que hacia mucho tiempo que no caian en él sino uno ú otro pequeño aguacero; y ademas, va por una continuada cordillera de colinas suaves y en lo general el piso es de tierra muy sólida y en trechos mezclada de arena y piedras pequeñas que lo hacen poco polvoso en tiempo de secas, y en el de aguas impiden el demasiado fango.

Los pozos y charcos que constituyen los aguajes en el mayor número de los parages en que tuvieron que hacer noche las brigadas, apenas dieron de sí el agua suficiente para hombres y animales, aunque no muy buena ni limpia, y mucho menos debió quedarlo para las últimas tropas, á causa de lo mucho que la traqueaban los que entraban y salian á sacarla, y de los animales muertos que muchas veces quedaban á sus

inmediaciones; pero aun esto fué una fortuna, porque hay algunos años que en varios de aquellos puntos se escasea y aun acaba el agua antes de Febrero, circunstancia que hace la travesía muy arriesgada para un número considerable de hombres, pues se corre el peligro de perecer de sed en el desierto antes de llegar á los rios en que no se corta en todo el año, como son el *Nueces* y el *Frio*.

En lo general todo el camino está provisto de leña y pastos casi todo el año, aunque desde el parage de la *Peña-Pobre* en adelante no es bueno el pasto, porque se compone de un zacaton muy grueso y áspero que los animales lo comen con mucha dificultad, y con mucha mayor el ganado vacuno por lo que allí sufren mucho. Y como al aproximarse las tropas hácia Béjar, como era en tiempo de secas, los enemigos habian quemado los campos hasta las inmediaciones del Arroyo de la Leona hubo inmensas dificultades que vencer para dar que comer á los caballos y mulas, y mas particularmente á los bueyes de las carretas. La mulada y la caballada en aquel camino como en todos los demas de Tejas, están espuestos á otros inconvenientes y peligros, especialmente en tiempo de secas escasos de agua, suelen ser atacados estos animales por la enfermedad llamada *mal de lengua* y la del *telele*: la primera proviene de resequedad del pasto y la falta de agua; que les forman á los animales partiduras en la lengua, que por consiguiente se les inflama y les impide comer, es ademas contagiosa, pero se cura poniéndoles en la boca limon,

pedazos de maguey, nopal ú otra cosa húmeda que les facilite la afluencia de la salibacion; porque de este modo se consigue que ceda la inflamacion.

La enfermedad del *Telele* la producen los calores fuertes y las aguas estancadas y calientes que beben los animales. Es una fiebre que les dá en la cabeza de muy difícil curacion, pero suelen aliviarla con sangrias, con rajarles las orejas y con refrescarlos.

Otro de los peligros de este desierto es la estampida de la caballada que les hacen dar, bien el miedo ocasionado por las piezas ó las mestenadas que son unas inmensas manadas de caballos alzadas, que pasando por junto de los animales mansos los arrastran tras sí en el tropel con una velocidad inconcebible é imposible de impedir si desde antes no se han tomado las precauciones adecuadas á este objeto. Pero el mas temible de todos estos riesgos es el de los indios bárbaros, quienes con una sagacidad extraordinaria suelen robarse las béstias aun estando amarradas al lado de sus dueños, ya desatándolas con una ligereza sin igual, ya espantándolas y echándolas á huir por medio de alaridos, pasando á caballo por entre ellas, y ya en fin por otros ardidés de que saben hacer uso con la mayor sagacidad, como la tienen en sacar ventaja del hedor que despiden los cuerpos de los mismos indios, porque se alimentan con la carne de caballo, y éstos olfatean muy lejos lo que les ocasiona mas miedo y terror á estos animales que el de los mismos leones, tigres y lobos. Es-

tos bárbaros, cuando lo pueden hacer con mucha ventaja y á su salvo, atacan tambien á las carabanas de transeuntes y aun á las partidas de tropas, ejerciendo con los vencidos y los cadáveres de los muertos horribles crueldades.

Al pasar las brigada por el arroyo de la *Auro*, se hallaban campados allí unas hordas *Lipanes*, en número de mas de quinientos entre hombres, mugeres y muchachos, menores: entonces estaban de paz, y sin embargo, no dejaron de robarse algunas mulas y caballos de las brigadas al paso. Los *comanches* que estaban de guerra, se dejaron ver una ú otra ocasion, sobre los flancos de los caminos: mataron algunos soldados rezagados, atacaron una familia que por desgracia hizo noche en el paraje, llamado el *Chacón* y cuando la segunda brigada venia todavía una jornada atras y la primera llevaba otra jornada adelante, mataron á un jóven sobrino de D. Ramon Muzquis, y saquearon y quemaron las carretas que llevaban cargadas de víveres y algunos otros efectos, salvándose las demas personas que acompañaban á aquel jóven, casi milagrosamente en el bosque inmediato.

La caza es muy abundante en aquel camino, y los rios están bien provistos de pesca; pero el ruido que naturalmente acompaña á todo cuerpo de tropa en marchas y descansos, alejaba la una y hacia impracticable la otra; así es que nosotros nada vimos de esto sino es uno que otro pescadito cogido por los soldados, y tal cual *huajolote* silvestre, que eran mas grandes y gordos que los nuestros domésticos. Sin embargo, la es-

tacés de agua que en algunas jornadas sufrió la tropa de paraje á paraje, hacia muy fatigosa esta marcha; y no lo era menos por la falta de víveres que experimentaron los gefes y oficiales, á virtud de la disposicion del general en gefe para que solo se ministrasen raciones de la proveduría á las clases de sargentos primeros, inclusive abajo, debiendo los demas proveerse de lo necesario para su subsistencia por sí mismos y de solo sus pagas, pues tampoco permitió que se les satisficiesen las gratificaciones de campaña respectivas, segun se vé en la órden general antes inserta.

Esta medida, ademas de lo que tuvo de injusta y arbitraria en sí misma, fué gravosa á todas las clases y á la misma hacienda pública, y un manantial inagotable de abusos, desórdenes y descontento, todo muy trascendental al méjor ser vicio, á la disciplina y á la moral del ejército é impolítico en sumo grado y mas todavía al abrirse una campaña que debió poner en la mayor prueba el sufrimiento y valor de los hombres con toda clase de privaciones y padecimientos como todos preveian. *Injusta*, porque así los gefes y oficiales, como las otras clases servian á una misma patria, y por lo tanto debió tratárseles á todos con igualdad, dándoseles lo que les correspondia, y no obligar á los primeros á hacer gastos que no podian soportar, conduciendo víveres á sus espensas para marchas tan dilatadas y por desiertos en donde les era imposible proveerse de ellos; *arbitraria*, porque el general en gefe no pudo estar autorizado para ne-

gar á sus subordinadas lo que las leyes tienen garantizado en favor de la humanidad y la práctica de muchos siglos ha reputado como sagrado: *gravosa para todas las clases*, por que habiendo obligado á gefes y oficiales á proveerse de víveres á precios muy subidos á que daba lugar la escasez de ellos, con solo la paga, les fué imposible abastecerse; y desde Monclova en adelante y todavía á mediados del mes, ya varios gefes y oficiales no tuvieron que comer: porque se les obligaba á pagar un número tal de acémilas en la conduccion de lo que debian comer, para las que no podia bastar la paga, ni la gratificacion de campaña que ademas se les negó: porque obligándolos á gastar todo lo que ganaban, en el trasporte de sus alimentos, no les quedaba con que acudir á las necesidades de sus familias que dejaron en lo interior de la República al tiempo de emprender la campaña. *Gravosa para las clases inferiores*, porque no teniendo los oficiales que comer, se les forzaba en cierto modo á cercenar lo que de la proveduría se sacaba para los ranchos de la tropa, para poder acudir á sus necesidades con menoscabo notable del buen entretenimiento y salud del soldado y *gravosa en fin, para la misma hacienda pública*, porque el gefe y el oficial que no tenia que comer y su delicadeza no le permitia tomarlo del soldado, se veia en la necesidad de corromper á los dependientes de la proveduría para que les vendiesen los víveres que necesitaba ó á aumentar las fuerzas de las compañías con plazas supuestas, para sacarlas de la misma prove-

duría; resultando de todos modos un grave perjuicio, á la hacienda pública, y tambien á la tropa, á la que en último resultado habian de llegar á faltar los víveres, como en efecto sucedió muy pronto; y ademas se esperimentó muy á poco tiempo que con el pretesto de la conduccion de víveres para los gefes y oficiales, se cometieron abusos de todas clases con los bagajes, ocupándose un número prodigioso de ellos sin que en lo general hubiesen servido mas que para cargas una multitud de cosas útiles y aun perjudiciales en vez de víveres, cuando si se hubiese provisto de raciones por la proveduría del ejército á los gefes y oficiales, como era mejor que se hubiese hecho, entonces á los cuerpos solo se les habria dado los bagajes de reglamento: estos habrian sido desde luego mejor tratados y conservados: se habria podido conducir mas cantidad de víveres para todo el ejército y habria habido en el ramo mas orden, arreglo y economía sin que la hacienda pública hubiera tenido que pagar un sin número de mulas, carretas y bueyes que se murieron ó estraviaron en las marchas hasta Béjar, ni los gefes y oficiales, habrian sufrido privaciones y gravámenes, sino que hubieran ahorrado de sus sueldos; y seguros de que nos les habia de faltar el preciso alimento, ni con que auxiliar á sus familias; habrian tenido mas dedicacion á sus deberes y habrian llenádoslos con gusto y evitándose muchos pasos degradantes que los abatieron y humillaron á los ojos de los especuladores y de sus mismos subordinados. A estos males se añadía el de

disgustados hasta la exasperacion por el trato que se dió á los arrieros y carreteros embargados, y en consecuencia, del desórden que necesariamente debia de traerles la separacion de las carretas mas allá de la vista de sus respectivos conductores, estos se determinaron á abandonarlas, y al perder el fruto de sus sudores tal vez de muchos años; no tiene duda que los pueblos debian ser tambien perjudicados con la medida á que nos referimos.

En efecto, nada debió ser mas obvio y natural que los abusos y desórdenes que se siguieron de tan inconveniente disposicion. Todo el mundo á pretesto de llevar sus víveres, podía un número desproporcionado de mulas de carga, y las que se destinaron á este servicio eran de las embargadas en San Luis y los Departamentos de Coahuila y Nuevo-Leon; pero como el corto número de arrieros que tenia cada uno de los atajos, no podia ser bastante para dividirse en tantas fracciones como resultaban de las mulas repartidas, se entregaban estas á los oficiales, que no tenian otro arbitrio de utilizarse de ellas que fiarlas al cuidado de sus asistentes, que como la mayor parte de ellos nunca habian aparejado ni cargado ninguna, habia de resultar forzosamente que hiciesen muy mal una y otra operacion, que las cargas se descompusiesen á cada momento y aun se cayesen del lomo de las mulas que al mismo tiempo padecian mucho en esto; los soldados que las arriaban, en lugar de aliviarlas ó arreglar mejor las cargas, las apaleaban ó aun les daban de bayonetazos. De consiguiente, los mi-

serables animales se cansaban y estropeaban mas y mas á cada momento con este maltrato y con llegar mas tarde al campo ó paraje en que se debia pasar la noche, donde tampoco cuidaban de darles agua ni de comer, y muchas veces las dejaban pasar la noche amarradas al árbol mas inmediato para que no se fuesen. Pero si se les ha de hacer justicia: ¿qué podrian hacer por las pobres mulas los soldados asistentes? Apenas llegaban al paraje y echaban la carga al suelo, cuando tenian que ocuparse en buscar lo que habrian de comer sus oficiales, que tal vez no se habian desayunado á aquellas horas, &c., &c. Así es que las mulas á las primeras marchas se aniquilaron y llenaron de contusiones que, no atendidas á tiempo se volvieron úlceras profundísimas de cuyas resultas unas se inutilizaron y otras se murieron á las pocas jornadas; y entonces los oficiales no solo no tuvieron en lo sucesivo en que cargar víveres, si los tenian, pero ni tampoco en que llevar sus cortos y equipages.

No era mas lisongero el modo con que caminaban las carretas. Casi todos los carreteros, si no todos, se huyeron, porque los forzaban á caminar al paso de la tropa y á horas desproporcionadas para que los bueyes pudieran hacer las jornadas sin fatigarse, por lo que estos animales no comian ni descansaban, y de consiguiente espiraban de la fatiga á los pocos dias.

Desde Rio-Grande para Béjar no hubo mas carretas que los mismos soldados, quienes arrebaban los bueyes con las puntas de las bayonetas. Causaba compasion ver á aquellos sufridos ani-

males todos llenos de heridas y ensangrentados, que caian muertos andando, y tan estenuados y secos que no podian sus carnes ni siquiera servir para el rancho. Donde se acababan los bueyes se quedaban abandonadas las carretas, repartiéndose lo que conducian en otras que no tardaban en correr la misma suerte.

La carne que comió el ejército en todo el camino fué de la peor calidad. Las reses que llevaban las brigadas con este objeto, iban arreadas por partidas de presidiales con bastante cuidado; pero la larga marcha, el estropeo de ella, la falta de descanso, de buenos pastos y aguas limpias, redujo muy pronto á un estado miserable á las que no murieron en el camino antes de matarlas; de consiguiente, sus carnes eran secas, poco alimenticias y aun dañosas; lo que no obstante la corta y mala racion de galleta ó biscocho de maiz era insuficiente para satisfacer la necesidad de la pobre tropa en aquellas largas y penosas marchas hechas de dia bajo un sol abrasador y pasando la noche á cielo raso, con unas heladas insufribles ó un rocío semejante á un aguacero, como lo es comunmente el de aquellos desiertos. Ademas de esto, como varios gefes y oficiales, muchos sargentos y muchos mas cabos y soldados, por el modo con que se habian destinado á las armas y corruptelas introducidas en el ejército llevaban consigo sus mugeres é hijos, otros sus padres; otros hermanas y hermanos menores; y otros, en fin, sus amigas ó amancias se aumentaba la escases porque todos indispensablemente habian de subsistir en aquellos

desiertos de la escasa y mala racion del soldado.

Estas escaseses y padecimientos se iban aumentando al paso que las tropas se alejaban de los pueblos y de toda clase de recursos y eran causa de las enfermedades, malestar, murmuraciones y disgusto del ejército, y el que los soldados comenzasen á ver con indiferencia el servicio, indiferencia que vino á dar lugar á mayores consecuencias contra la moral y disciplina, en proporcion que se iba necesitando mas del esfuerzo, confianza y buen ánimo que son siempre necesarios, aun precusores y aun de todas las victorias. Así era que el camino todo que se habia andado desde Monclova á Béjar se presentaba á la vista de los que siguieron pocos dias despues al ejército como un continuado campo de batalla, cubierto de fragmentos, de carretas, aparejos, cajones y esqueletos de bueyes, mulas y caballos, y de montones de galleta podrida, siendo muy pocos los lugares en que campaban las brigadas en que no se advertian crucecitas de pequeños y toscos palos que la piedad de los soldados habia puesto sobre las sepulturas de sus desgraciados compañeros, que habian espirado mas bien por la falta de asistencia y facultativos, que por la malignidad de las enfermedades, y con cuyo motivo exclamaban amargamente entre ellos, y decian: "*ya éste tomó posesion de Tejas y de las tierras que le tocaban!*" Una de estas víctimas fué el capitán de granaderos del batallon de Aldama, D. N. Guillem, á causa de un violento dolor flatulento producido por el frio y los malos alimen-

tos, y no haber habido un facultativo que lo atendiese.

Los trabajos, eficacia y celo del general en jefe y de los generales y gefes que le seguian y ayudaban al frente del ejército y de sus respectivas brigadas para prevenir tantos inconvenientes y las malas consecuencias que de ellos debian resultar, fueron imponderables en todos sentidos; pero no podian bastar por sí solos para asegurar el éxito de la campaña, porque no está en la capacidad de los esfuerzos humanos hacer imposibles.



CAPITULO XXV.

Trabajos del general en jefe.—Su reunion con la division del general Cesma.—Petición de nuevas instrucciones al gobierno.—Cuáles fueron las que recibió en contestacion.—Su proclama al ejército.—Toma y ocupacion de Béjar.

Ahora vamos á dar una idea de los trabajos particulares del general en jefe. Llegado á Rio-Grande el dia 12, apenas se detuvo en aquella villa hasta el 16 de Febrero en que volvió á partir á las dos de la tarde con una escolta del regimiento de caballería de Dolores y algunos presidiales para unirse á la brigada del general Cesma, que marchaba adelante habiendo antes arreglado los muchos y diferentes asuntos que se le ofrecieron relativos á la marcha del ejército y á la seguridad de los departamentos de la frontera. Dió sus órdenes al general Filisola para el establecimiento de hospitales provisionales en Monclova y en aquella villa; despachó la correspon-